

antropológico. En tercer lugar, y creo lo más importante, cabe confrontar esta propuesta con nuestras propuestas actuales al respecto ¿Negamos la posibilidad de tal modelización? ¿Aceptamos una perorata bizantina de un colega, sólo porque estamos habituados a digerir textos inopinados? De seguir nuestra disciplina por el camino actual, se admiten apuestas sobre cual modelo, o propuesta (si la nuestra, inexistente como conjunto) o ésta, va a obtener más reconocimiento y *financiación*. Podemos, ante esfuerzos como éste, (o menos eficaces, como ciertas sociobiologías simplistas) seguir sonriendo con suficiencia, tomando a estos investigadores por advenedizos que no han estado entre as tribus, y continuar sumergidos en nuestra postfragmentación y marasmo. O podemos concebir, con generosidad, que la/s propuesta/s trans y meta-disciplinares del estudio de la complejidad no son una derrota nuestra sino un ofrecimiento generoso de otros al cual podemos contribuir, y mucho. Basta ya de orgullos vanos, en cualquier caso.

Juan Luis CHULLILLA CANO
Universidad Complutense

ANTROPOLOGÍA: HORIZONTES TEÓRICOS
CARMELO LISÓN, ed., Comares, Granada, 1998)

¿Cuál es la naturaleza de la Antropología Social? ¿Cuáles los fundamentos de su mirada y de su razón? ¿Tiene sentido su existencia en un mundo cada vez más intercomunicado y próximo? ¿Qué pueden aportar el método de trabajo y la voz del antropólogo al conocimiento social? ¿Dónde debemos poner los «horizontes» de nuestra disciplina? Estas y similares cuestiones fueron las bases de reflexión de un curso celebrado en el verano de 1997 en la Universidad Menéndez Pelayo, fruto del cual son los artículos que ahora nos presenta agrupados el profesor Lisón. A través de las páginas de esta monografía, con los lógicos altibajos que toda compilación impone, se trata de reflexionar sobre el camino recorrido por nuestra disciplina en los últimos años, presentándonos un somero análisis de algunas de las corrientes principales por las que el pensamiento antropológico ha transitado y, sobre todo, intentando trazar una senda por la que la antropología debería avanzar a fin de no perder de vista su objetivo principal de ser una ciencia dedicada al conocimiento y la comprensión del ser humano o, como nos dice Ricardo Sanmartín (p. 165) a ofrecer «una imagen razonable del hombre, aún en su manifiesta diversidad».

Vive desde hace años la antropología instalada en una evidente crisis de identidad. Incapaces de superar los demonios, tanto reales como supuestos,

del pasado de la disciplina —génesis colonial, crisis de los paradigmas clásicos, verticalidad de la relación antropólogo-informante, enmascaramiento de las voces nativas...— un grupo de antropólogos se han dedicado a arrojar piedras sobre el tejado del edificio antropológico, negando la posibilidad de toda comprensión intersubjetiva y, en consecuencia, de toda comparación entre culturas. Por ello se hace necesario un repaso como el que nos propone esta obra: ponernos en situación de dónde estamos y cómo hemos llegado hasta aquí, para tratar a continuación de dar un paso hacia adelante respecto a qué podemos ahora hacer y a partir de qué presupuestos se legitima nuestro trabajo. Se trata de buscar un orden, una forma válida de conocimiento antropológico que permita transitar por caminos fiables a través del desorden conceptual en que vive la antropología en nuestros días.

A tal fin, se muestra primordial concretar las bases sobre las que se debe apuntalar la disciplina. Y en este sentido es evidente que la apelación a una «naturaleza humana» compartida, cuya importancia se nos resalta en prácticamente todos los artículos, se hace indispensable. Recordar la común humanidad, categoría antropológica básica para abordar con éxito la comprensión y la comparación transcultural, permite superar a un tiempo las amenazas del relativismo y del etnocentrismo, así como establecer una serie de universales compartidos capaces de dotar, por encima de identidades excluyentes o de uniformismos impuestos, de significado y derechos al ser humano. Tener presente en todo momento el hecho de que somos esencialmente iguales, a pesar de las diferencias culturales, facilita no sólo la comunicación y el encuentro con el otro, un camino desde nosotros hacia la alteridad, sino que a la vez nos obliga a transformar la visión que proyectamos sobre nuestra propia realidad cultural que, puesta en perspectiva, se nos muestra como el producto contingente de la historia.

Esa es para Sanmartín precisamente la clave de la razón antropológica, el movimiento de ida y vuelta, hacia el otro y desde el otro, en que nuestra disciplina se instala para buscar la comprensión. Desde lo universal de lo humano hacia lo particular de cada peculiar concreción cultural para tornar de nuevo a lo universal; pero en cada una de esas vueltas de tuerca nuestra mirada ha variado: nunca volvemos al punto de partida, ya que nosotros mismos hemos sido transformados a partir de nuestra apelación a la alteridad. La razón de la antropología es por ello siempre abierta, siempre dispuesta a replantearse toda conclusión y a variar todo juicio. Si hay algo que se nos muestra como cierto es lo inacabado de nuestra naturaleza, la infinidad de las maneras de ser hombre y la posibilidad del encuentro entre estas diferentes construcciones.

Y es precisamente esta posibilidad de encuentro lo que se busca a través del trabajo de campo, método de investigación al que para Lisón conducen «todos los caminos antropológicos» (p.220). La inmersión prolongada en la

alteridad, en «conjunción de conciencia observante y razón operante» (Lisón: 16), permite que el antropólogo se vaya paulatinamente *alterizando*, facilitando así una aproximación relacional a la realidad ajena. El trabajo de campo se hace necesario precisamente porque la apertura de la razón antropológica nos fuerza, como hemos visto, a construir nuestras categorías en continua negociación, en continua reconsideración. Todo planteamiento previo al campo se muestra fútil y necesariamente revisable, ya que es a través de la convivencia y el diálogo como el universo moral del otro, viga maestra de todo su sistema de interpretación del mundo, comienza a hacérsenos accesible.

El conocimiento antropológico es un conocimiento desde dentro que sólo en un segundo momento, el momento de vuelta de la razón antropológica tal y como Sanmartín nos la describe, es susceptible de ser teorizado. Por ello la reflexión postmoderna se nos presenta como insuficiente: atascados en la deconstrucción y en el nihilismo epistemológico los autores postmodernos olvidan que no toda descripción es igualmente válida, que entre la etnografía y la novela se alza la infranqueable barrera de la fidelidad al dato empírico. Indudablemente la antropología conlleva una fuerte dosis de creatividad, pero, como en el arte, la creación no brota del vacío, sino del impulso transformador que impone la comprensión del universo ajeno. Describir al otro en toda su complejidad sólo es posible a través de un trabajo previo de acercamiento que nos permita percibir y evaluar sus puntos de vista y sus estados mentales, reconocer lo real de su existencia, dialogar, escuchar. Es cierto que nuestro conocimiento será circunstancial, anclado en un contexto, en un momento; pero, como señala Fernández Díaz (p. 207) «entre las interpretaciones imposibles de una realidad social [...] y la inalcanzable e inapelable verdad absoluta [...] existe todo un continuo de posibles interpretaciones que se acercan y se alejan de lo *certum*, el grado máximo de verdad que se puede alcanzar en la investigación de lo social». Y ese acercarse a lo *certum* es, en definitiva, la pretensión de toda ciencia.

La conclusión de lo antedicho no puede ser otra que la plena vigencia del planteamiento antropológico, así como la necesidad de la particular forma de conocimiento que éste brinda para abordar la comprensión y la solución de los problemas a los que la nueva sociedad global nos enfrenta. «La antropología aporta puntos de vista que tienen gran valor en este mundo globalizado. Si somos capaces de conseguir un mayor entendimiento de las formas de vida de los demás, podremos posiblemente alcanzar también, si no un respeto mutuo, sí al menos la tolerancia», nos dice Hirschon (p. 162). Si algo resulta evidente desde nuestra disciplina, si en algo debemos insistir en un mundo que va paulatinamente recargándose de esencialismos excluyentes y dogmáticos, es que la humanidad es culturalmente discontinua, que toda forma de organizarse y construir el mundo es contingente. Y nada permite de-

fender que una de estas formas sea más apta que las demás para afrontar ese todo complejo que es la vida humana. Esta es la base no sólo de la mirada antropológica que se nos presenta en esta obra, sino de todo proyecto de convivencia intercultural: podemos entender al Otro porque, por encima de racionalismos y dogmas, éste no es sino una entre las muchas posibilidades del Nosotros.

Carlos CIPITRIA
Universidad Complutense

INVESTIGADORES E INVESTIGADOS: LITERATURA
ANTROPOLÓGICA EN ESPAÑA DESDE 1954
JOAN PRAT, coord., Arxiu d'Etnografia de Catalunya, 1999

No son muchos, pero sí de relevancia e interés profesional, los trabajos que sobre el desarrollo y situación de la disciplina antropológica en España han ido apareciendo en los últimos años. Los intentos de establecer etapas, ordenar tendencias teóricas y determinar hitos y claves han dado como fruto obras y trabajos recopilatorios que dan fe de un cierto interés más o menos reciente por catalogar y sistematizar los antecedentes tanto remotos como inmediatos de la disciplina.

La mera elaboración de obras de este tipo constata la existencia ya de una tradición antropológica en nuestro país, de un cierto poso y sedimento que es necesario estudiar, organizar y analizar, y es indicador al mismo tiempo de un cierto grado de madurez, puesto que refleja la posibilidad de establecer una historia con sus correspondientes claves, movimientos, etapas y diferentes objetos de estudio como precedentes de la situación actual.

Con respecto al volumen que nos ocupa, el equipo coordinado por Joan Prat se encarga de ofrecer al lector un detallado panorama de la producción bibliográfica en el campo de la antropología española desde 1954 —año de publicación de *The People of the Sierra*, de Pitt-Rivers, y elegido como fecha de inicio por los autores del presente estudio por ser generalmente considerado como «el primer trabajo antropológico moderno sobre España» (p. 39)— hasta la actualidad, así como de los grupos e instituciones que han tenido y tienen que ver en su desarrollo y los objetos de estudio producidos en el período mencionado. El coordinador del volumen es ciertamente experto en estas lides, por cuanto ya editó en 1987 un trabajo colectivo que, bajo el título de *Treinta anys de literatura antropològica sobre Espanya*, recopilaba de manera sistemática la producción bibliográfica aparecida en las décadas inmedia-